

**Revista Sarance N° 26**

Consejo Editorial:

Hernán Jaramillo Cisneros  
Susana Cordero de Espinosa  
Marcelo Valdospinos Rubio  
Elena Francés Herrero

Director: Fermín H. Sandoval

Publicación del Instituto Otavaleño  
de Antropología y la Universidad de  
Otavalo

Casilla: 10 - 02 - 06  
Otavalo - Ecuador  
info@uotavalo.edu.ec

## REVISTA SARANCE N° 26

- El trueque, una forma de economía solidaria en Pimampiro.  
Elisa Lanas Medina.
  
- Visión panorámica de la artesanía textil de Otavalo.  
Hernán Jaramillo Cisneros.
  
- Las nuevas creencias religiosas y los nuevos creyentes en Otavalo:  
Introducción para un estudio.  
Fermín H. Sandoval.
  
- Naturaleza / Cultura, Hombre / Mujer como categorías dicotómicas  
para probar la universalidad de la subordinación femenina.  
Elena Francés Herrero.
  
- La universidad en la encrucijada.  
Fernando Tinajero.
  
- Importancia de la comunicación pública de la ciencia y la tecnología  
en Ecuador y el mundo.  
María de los Ángeles Erazo.
  
- Presentación del Diccionario de Americanismos.  
Susana Cordero de Espinosa.



**Revista Sarance N° 26**

© Copyright 2009. IOA - UO

Ediciones Caracteres Impresos

ISSN: 0252-8630

Editor: Fermín H. Sandoval

Diseño y diagramación: Julio Sandoval

Impreso en: Ediciones Caracteres Impresos

*Printed in Ecuador - Impreso en Ecuador*

---

© Ediciones Caracteres Impresos, (ECI).

Celular: 080 173 919 E-mail: edicionescaracteresimpresos@hotmail.com



**ÍNDICE GENERAL**

11.- Editorial

13.- El trueque, una forma de economía solidaria en Pimampiro. Elisa Lanas Medina.

29.- Visión panorámica de la artesanía textil de Otavalo. Hernán Jaramillo Cisneros.

55.- Las nuevas creencias religiosas y los nuevos creyentes en Otavalo: Introducción para un estudio. Fermín H. Sandoval.

68.- Naturaleza / Cultura, Hombre / Mujer como categorías dicotómicas para probar la universalidad de la subordinación femenina. Elena Francés Herrero.

74.- La universidad en la encrucijada. Fernando Tinajero.

97.- Importancia de la comunicación pública de la ciencia y la tecnología en Ecuador y el mundo. María de los Ángeles Erazo.

112.- Presentación del Diccionario de Americanismos. Susana Cordero de Espinosa.

**EL TRUEQUE UNA FORMA  
DE ECONOMÍA SOLIDARIA  
PRESENTE EN LA HISTORIA  
DE PIMAMPIRO**

Elisa Lanas Medina  
Universidad de Otavalo

La agricultura, la ganadería, la manufactura textil y el comercio han representado históricamente las principales actividades económicas de la provincia de Imbabura. A través de diversos períodos, cada una de ellas ha adoptado diferentes formas de producción (o modalidades en el caso del comercio) correspondientes a contextos estructurales también diferenciables. En los cambios que experimenta cada una de dichas actividades se expresa el paulatino desarrollo de las fuerzas productivas y se verifican transformaciones cualitativas en lo que se refiere al carácter de las relaciones sociales de producción.

Esta continua transformación, motivada principalmente por hitos de gran envergadura, tales como la conquista

incásica, la conquista y colonización española, o las reformas agrarias emprendidas por el Estado ecuatoriano, muestra sin embargo prácticas comunitarias y formas solidarias de intercambio y relacionamiento, que incluso están presentes en las relaciones entre miembros de las comunidades que habitaban lo que actualmente es la provincia de Imbabura. Una de esas prácticas impregnadas por el elemento reciprocidad es el trueque, el intercambio de bienes y productos en donde no interviene el dinero.

Se han podido establecer las raíces del trueque que todavía subsiste en algunos lugares de la provincia de Imbabura, especialmente en el cantón Pimampiro, en prácticas de los habitantes que vivían en esa zona a la llegada de los españoles, este hecho da cuenta de la importancia que esta forma de economía social ha tenido y tiene para los habitantes de esta zona.

**I.- Prácticas de economía solidaria de los indígenas en la sierra ecuatoriana.**

El tratamiento que se ha dado a la historia en general y a la económica en particular, ha puesto énfasis generalmente en la dinámica social que instauran las clases detentadoras del poder, sin que sean advertidos los comportamientos colaterales que pueden suscitarse en su interior, los que generalmente se producen de forma velada y subterránea. No obstante, a medida que más se estudia a los terratenientes y sus relaciones de

explotación sobre la masa indígena en los complejos hacienda-obraje en lo que hoy es la región interandina de Ecuador, se puede percibir que la etnia indígena, al estar sometida a ese régimen laboral generó iniciativas propias y expresó ciertos comportamientos de un pasado no muy lejano.

En efecto, a lo largo de la historia de la economía ecuatoriana de tiempos de la colonia en ocasiones se ha resaltado la explotación de los indígenas por parte de los colonos, pero a menudo se tiende a invisibilizar el rol activo que mantuvieron los indígenas en el comercio inter-étnico, su percepción de los objetos y de los procesos de intercambio, o la articulación de dichas relaciones.

El proceso económico debe mirarse a través de los lazos de parentesco, de territorialidad, de lenguaje y de cultura, es una realidad ineludible al tratar de entender a los grupos indígenas y su inserción en el aparato productivo. En efecto, *“el indígena no tiene una noción de ser aislado, de la realización individual, en tanto miembro se desarrolla como parte de una entidad a la que representa y en la que se define; las familias nucleares existen como instancias determinadas de grupos familiares amplios y éstos, a su vez, se explican en la comunidad”* (Naranjo. 1988: 69).

La familia ha ocupado un papel preponderante en el proceso económico de

los grupos originarios, fenómeno que se observa por lo menos desde los pueblos Valdivianos (Damp 1988). Los miembros de una familia podían cooperar con otra familia y determinadas tareas podían ser realizadas comunitariamente. Asimismo la familia podía controlar *“nichos de intercambio”* (Mintz 1961 en Rival 1994) a nivel horizontal, preferentemente. Aún en la actualidad, el compadrazgo es calculado en el plano económico como un mecanismo de prestigio y para suavizar relaciones sociales no equilibradas (Echeverría. 2004: 189).

Esta división de tareas y colaboración entre los miembros de la familia campesina se manifiesta también a nivel de la comunidad y aun, inter-comunitariamente, con dos principios básicos: la reciprocidad y la redistribución.

La comunidad andina constituye una forma propia y peculiar de organización social campesina que se asienta sobre un medio ecológico difícil, en donde la utilización de recursos y fuerza de trabajo, aspectos sustanciales para la producción y reproducción de los grupos domésticos, se encuadra dentro de patrones culturales de cooperación específicos que se han desarrollado fundamentalmente bajo el imperativo de controlar las condiciones productivas y sociales adversas experimentadas por los campesinos indígenas de los Andes. Sobre esta forma original y propia ha

transcurrido lo fundamental de la historia agraria andina, la que a su vez se ha insertado en la dinámica del desarrollo global del capitalismo (Almeida. 1981: 169).

## II.- El trueque.-

El trueque ha sido vinculado con los límites sociales, se asocia con *“un mundo marginal, primitivo, que se define por la ausencia del dinero, escritura y Estado, antes que por sus propias cualidades”* (Thomas. 1996: 35) como medio de intercambio de bienes y servicios. Ahora bien, el trueque no es solamente una institución histórica o peculiar en las economías arcaicas o *“primitivas”* sino un fenómeno contemporáneo que cubre tanto transacciones a pequeña o gran escala y ocurre en diferentes tipos de sociedades (Humphrey y Hugh-Jones. 1996: 11).

El trueque es una forma de intercambio no monetario en el que se requiere que todos los negocios se equilibren en un sentido apropiado. En otras palabras, cada negocio bilateral debe ser tal que, en una proporción dada de intercambio, el valor de lo que cada comerciante cede iguala el valor de lo que recibe (Anderlini y Sabourian. 1996: 119 -120).

Mientras para una parte de la doctrina (Hartmann citado por Oberem. 1981: 63) el trueque se aplica *“para aquellos casos de la transacción en que el productor y el consumidor no son idénticos, sea con la intervención del comerciante*

*de tipo profesional o prescindiendo de la misma”*, debiendo diferenciarlo de la *“redistribución”* y de la *“reciprocidad”*, sistemas por medio de los cuales un individuo podía participar en los productos que habían llegado a su entidad política por diferentes medios, para otra parte de la doctrina (Alberti y Mayer. 1974: 21) este concepto se debe entender como reciprocidad, como *“...el intercambio normativo y continuo de bienes y servicios entre personas conocidas entre sí, en el que, entre una prestación y su devolución debe transcurrir un cierto tiempo, y el proceso de negociación de las partes, en lugar de ser abierto regateo, es más bien encubierto por formas de comportamiento ceremonial. Las partes interactuantes pueden ser tanto individuales como institucionales”*.

Esencialmente, el intercambio en el trueque está determinado por el interés que cada lado tiene en el objeto del otro, un interés que se satisface por la transacción. Los objetos intercambiados tienen para los participantes valores directos de consumo. Según esta forma de intercambio los actores de la transacción adquieren un papel muy importante pues son quienes confieren valor a un bien: si ellos deciden que un objeto vale lo mismo que otro, esto es todo lo que importa. En otras palabras, los objetos no son medidos uno con otro por algún criterio externo, como sucede en el intercambio monetario, sino sustituidos uno por otro mediante un balance interno.

Por lo general, el trueque ocurre en ausencia de dinero, y donde no hay un sistema monetario global, o donde no hay suficiente dinero circulante, no obstante no es el faltante de dinero o la dificultad de acceder a él lo que explica en todos los casos la utilización de este mecanismo de intercambio, sino como veremos más adelante factores sociales unidos a tradiciones de larga data.

## **II.1.- El trueque en la provincia de Imbabura antes de la llegada de los españoles.**

La región que comprende la sierra norte del Ecuador ha sido descrita por quienes la estudiaron como económica y culturalmente determinada por el entorno natural, formado en la época prehispánica por *“un territorio más amplio que el ocupado actualmente por la etnia Otavalo y que comprendía la zona de sierra delimitada por los ríos Guayllabamba al sur y Chota al norte, y con acceso a las tierras bajas y cálidas al occidente”* (Caillavet. 1983:6).

Lo que hoy es la provincia de Imbabura es un territorio comprendido por tierras cultivadas interandinas (altas y bajas), la ceja interandina, los páramos y las alturas extremas; estos pisos ecológicos se relacionan con los bosques altos, los bosques nublados y la montaña de la cordillera occidental, todos estos pisos se encuentran relativamente cercanos entre sí y pueden alcanzarse

en pocos días de camino a pesar del terreno difícil, pero ningún piso ofrece condiciones para un sustento autosuficiente, pues no puede proveer de todos los productos necesarios para lograr un nivel de *“subsistencia culturalmente aceptable”* (Salomon, 1980:85).

Como recoge Echeverría (2004: 188), durante la época tardía prehispánica, los mosaicos de pisos ecológicos fueron protegidos celosamente por cada etnia que ostentaba derechos consuetudinarios y de propiedad sobre la tierra: las áreas frías para cultivo de tubérculos, los páramos para la cacería, las tierras templadas para el maíz, un cereal de gran utilidad para el sustento diario. Estos productos eran básicos para mantener a cientos y miles de personas dedicadas a trabajos de interés colectivo, elaboración de terrazas, canales de riego, levantamiento de montículos, etc., y para las grandes festividades del año calendario agrícola. Los pequeños o amplios espacios de terreno que permitían cultivo o extracción de productos exóticos tenían un tratamiento especial y en muchos de ellos se organizaron islas multiétnicas con normas claras de explotación del producto y su aprovechamiento.

La riqueza de la zona seguramente permitió una notable diversificación de los cultivos y de los productos de consumo de los indígenas prehispánicos de la región de Otavalo, tales como maíz, papa, fréjol, oca, zanahoria blanca, qui-



nua, mashua, melloco, chocho, achira, ají, algodón, coca, sal, frutales variados, camotes, altramuces, berro, bleado, nabo, pima, yuyo, etc. Además en los lagos eran abundantes las preñadillas y patos y en los páramos se cazaban venados, conejos etc. (Naranjo. 1988: 27)

La ecología peculiar de la región permitió el desarrollo de la “*microverticalidad*” (Oberem, 1981: 51), entendida como el control que un solo grupo étnico mantenía sobre varios pisos ecológicos próximos entre sí. Sobre este fenómeno, Caillavet (1983: 25) señala dos tipos de aprovechamiento, el primero fue la especialización por comunidad para el intercambio y la reciprocidad intraétnicas, y el segundo el envío de exploradores de etnia a etnia para obtener los recursos necesarios.

En efecto, las investigaciones etnohistóricas acerca del área norte del actual Ecuador, destacan nítidamente la importancia que alcanzaron los intercambios interétnicos e interregionales de bienes de diversa naturaleza para la organización social preincaica. El sistema de complementariedad basado en el control microvertical de diversos pisos ecológicos, favoreció el surgimiento de agentes especializados en el intercambio: los mindalaes.

Estos mercaderes, individuos que operaban en Quito, Cayambe, Carangue y Pasto, donde recibían el nombre de min-

dalas (mindala), y en otras zonas como la costa centro-norte del Perú, la Isla de la Puná, y los países de los huancavilcas y chonos; básicamente controlaban el comercio del mullu y de las caracolas coloradas. Estaban exonerados de los trabajos que el resto de la población debía realizar, tanto para otras familias como para la comunidad y aun para el Estado. Claro que pagaban tributo a sus curacas y al Estado, pero en especies. Cuando los mindalaes requerían el trabajo de otros, a éstos los contrataban y les compensaban por sus servicios entregándoles cosas exóticas y valiosas de su stock comercial. Por deambular por lejanos pueblos y conocer otras lenguas, se les utilizaba como agentes políticos y espías; formando así un grupo rico y poderoso (Espinoza. 1997: 283 – 284).

Como consecuencia de la gran variedad de productos con que contaban los habitantes de la zona, otra de las funciones que Otavalo tenía y que sigue guardando para sí hasta el día de hoy es la de espacio articulador de la producción proveniente de los diversos pisos de toda la región, lo que se conoció con el nombre de “*tiánguez*”.

Al igual que en la actualidad, también en esa época las actividades económicas jugaron un rol preponderante en la vida diaria de los individuos y de la colectividad, así como en el mundo organizado de las unidades políticas (Echeverría. 2004: 176). Dichas actividades

muestran una cierta continuidad, rota únicamente por la conquista incaica.

La reciprocidad, la redistribución y el intercambio fueron utilizados para organizar a la gente de la misma comunidad y crear vínculos solidarios entre comunidades diversas, en el plano regional y extrarregional (Polanyi. 1976: 164-165). En las sociedades andinas, especialmente la redistribución (muchas veces ritual) y la solidaridad del parentesco (por alianza o ficticio) fueron un amortiguador para el mantenimiento de las relaciones asimétricas (Echeverría. 2004: 184). Los nobles y los subordinados a ellos, o la “gente común” que formaba la mayoría de la población, estaban enlazados por un sistema gradual de redistribución de los bienes y del control de mano de obra (Oberem. 1981: 77).

En ese sentido, el papel protagónico de los curacas o caciques, evidenciado en la documentación temprana, estuvo orientado a mantener la eficiencia, la seguridad y la satisfacción de necesidades colectivas. Los caciques y la “gente común” mantuvieron una unidad muy cohesionada a efectos de operar una eficaz redistribución de bienes y el control de la mano de obra (Oberem 1981: 77). Se combinaron estratégicamente la agricultura intensiva y la agricultura extensiva. El incremento de la producción más allá de lo requerido facilitó el desarrollo de trabajos comunitarios de gran escala, ceremonias de varios días

y respuesta positiva a problemas básicos del entorno, como sequía, humedad excesiva, heladas, erosión, etc. (Echeverría. 2004: 188).

La fertilidad de estas tierras y la posibilidad de lograr la subsistencia sin acudir a grandes estrategias como parece ser el caso de otros asentamientos humanos de la época, permitió a los cacicazgos mayores –formados a su vez por varias llajtas o ayllus- una cierta autonomía, lo cual lleva a Salomon (1980: 117) a postular que dichos cacicazgos exhiben una tendencia “centrípeta” ya que si bien se aprecia una formación más grande y más rica en la parte central de cada subregión, no parece que ésta ejerciera funciones integradoras ni gubernamentales sobre el resto.

No obstante, las investigaciones hechas demuestran que los cacicazgos eran altamente centralizados y estratificados, como lo prueba la existencia de los mindalaes o comerciantes a larga distancia, políticamente dependientes de los caciques y que contribuían a acrecentar el poder y la fama de éstos a través de los intercambios y vínculos que lograban desarrollar.

Varias parcialidades constituían una sola unidad política (Caillavet. 1983: 23). Esta unidad fue puesta a prueba con la llegada de los Incas, entonces los señoríos de la región se unieron en confederación, dando lugar a una lucha que

se habría prolongado por ocho o nueve años, la conquista habría sido progresiva: Cochasquí-Cayambe primero y Otavalo-Caranqui luego, en todo momento los incas encontraron una resistencia muy fuerte (Salomon. 1983: 29).

Posteriormente, una vez que los Incas tomaron el control de la zona, el imperio asumió una función redistributiva, lo que habría generado un relativo decaimiento de las actividades de intercambio, tanto a nivel cacical como doméstico. Más tarde, la conquista española, a través de la reorganización de los espacios y de las economías regionales, así como por la presencia de colonizadores dedicados a la función comercial, transformó sustancialmente los patrones de intercambio, en donde los indígenas fueron los más perjudicados.

Si bien ambos sistemas de dominación operaron a través del establecimiento de una cierta “oficialización” del intercambio, es muy probable que las unidades domésticas mantuvieran el trueque como un mecanismo de intercambio de determinados productos, sobre todo de aquellos directamente vinculados a la subsistencia, tales como productos agrícolas y bienes manufacturados de consumo familiar.

En todo caso, parece que el trueque se caracterizó por el intercambio de bienes de las zonas frías por aquellos de las zonas cálidas. Entre los productos que se

intercambiaban se puede mencionar la sal, la coca, el algodón, la madera, la canela, plantas colorantes y medicinales, animales salvajes domados, e incluso personas en calidad de esclavos (Oberem. 1981: 59).

Sobre Pimampiro se cuentan crónicas que datan de la llegada de los españoles, que hablan de lo fértil de la zona y de esa particularidad de ser el punto medio de geografías tan diferentes y por tanto complementarias, lo que sin duda facilitó su utilización como espacio de intercambio:

En Pimampiro entre los habitantes Caranquis no sólo vivían indios Pastos como cocamayos, sino que allí llegaban también comerciantes Pastos a comprar la coca. Estos provenían del territorio que se extendía por la actual provincia del Carchi y el sector vecino del sur de Colombia (Oberem. 1981: 60). Se mencionan doscientos de ellos y además “trescientos indios forasteros de Otavalo, Carangue y de Latacunga y de Sigchos y de otras tierras muy apartadas ésta que vienen por caso de la coca a contratar con éstos”. Parece que Pimampiro fue un centro económico importante, donde acudían comerciantes de diferentes regiones de la sierra y otros del oriente (Oberem. 1981: 61).

## **II.2.- El trueque durante la conquista española y la colonia.-**

El sistema colonial durante tres siglos de dominación produjo drásticas trans-

formaciones a nivel económico y social. Aunque inicialmente intentó poner en vigencia un cuerpo de normas que buscaba conciliar políticas proteccionistas con el objeto de aprovechar racionalmente la mano de obra indígena, a la larga las prácticas concretas de los conquistadores y las propias necesidades de la economía colonial se tradujeron en la sobreexplotación de los pueblos originarios a través de impagables cargas tributarias y de trabajos forzados, y en una sistemática ocupación de sus tierras (Naranjo. 1988: 43).

A la llegada de los españoles, la búsqueda de riquezas como oro y plata, concentró todos sus esfuerzos y actividad en el proceso de conquista y dominación de los pueblos originarios; pasado este primer periodo, los extranjeros prestaron atención a la fertilidad de la tierra y la disponibilidad de mano de obra indígena, abundante y puesta a su disposición; es en este contexto que la región de Otavalo, por los factores ya revisados, vuelve a tener gran importancia (Salomon. 1983: 31).

Cuando los españoles fueron adentrándose en las tierras que formaban Otavalo, se encontraron con un conjunto de valles fértiles, pero fue Pimampiro el que mereció especial atención por parte de los colonizadores, primero por ser una zona de producción de coca en niveles elevados lo que permitía a los dueños de las tierras donde se cultivaba

que usufructuaran del trabajo de quienes pretendían comprarla. Pero quizá lo más importante fue que la zona de Pimampiro fue un espacio de intercambio a gran escala, fenómeno que se ha mantenido con el paso de los años, evidentemente con importantes modificaciones conductuales por parte de quienes han sido parte de este intercambio, incluso con periodos de casi desaparición de estas prácticas, para regresar posteriormente desde el imaginario de sus habitantes como una conducta impresa en su memoria ancestral.

En palabras de uno de los primeros cronistas de la época, *"El pueblo de Pimampiro está distante de Quito veinte leguas; es tierra templada, porque pasa cinco leguas de allí la línea equinoccial y por ser más caliente que fría y no haber invierno ni verano, todo el año hay frutas, así de las de Castilla como de la tierra, en tanta abundancia y tan buenas como las de España; es tierra muy rica, porque tiene infinidad de cicales, que es una yerba como lentisco que los indios comen y para el trabajo les ayuda, según su uso, y sin esta coca no trabajarían; con solo mascarla y tenerla en la boca les sustenta, conserva la dentadura de manera que aunque sean muy viejos jamás les falta, y dicen los naturales que con esta cosa y con la chicha que beben, que es hecha de maíz, como cerveza, jamás les da piedra ni mal de orina"*.

*"Tienen estos indios de Pimampiro y parte de los de Chapi sus sementeras de coca y algodón y maíz y otras legum-*

*bres en este dicho valle de Coangue, que será poco más ancho que cuatro tiros de arcabuz y en partes menos. Es un valle muy fértil y de mucha recreación para los naturales, aunque algunos tiempos del año enfermo, unos años más que otros. Son estos indios de muy poco trabajo, por causa del rescate de la coca, porque están enseñados que los indios extranjeros que les vienen a comprar la coca les labren las dichas chacaras de coca para tenerlos gratos, porque no venden la dicha coca a otros indios; y éstos son como feligreses (parroquianos), que dicen”.*

*...Es tierra abundantísima de comidas, porque el trigo de España se da a tres reales la fanega. Las carnes son en extremo y muchas, porque hay infinito ganado; las vacas valen a veinte reales; un gran carnero vale cuatro; un cebón muy bueno, veinte y cuatro; una gallina o capón, tres cuartillos; conejos o perdices dan tres por un real y todo lo demás de esta manera; y por esta causa y ser tierra de tantos tratos, acuden de ordinario muchos españoles y indios, y con ser pueblos de ochocientos vecinos, parece de más de dos mil”.* (el subrayado es mío)

Con la colonización hay ciertos elementos tradicionales que se mantienen, como la producción del algodón o las técnicas de fabricación, pero el sistema económico colonial provoca también una profunda desestructuración en la

economía indígena y en su sociedad, en la primera porque durante la Colonia la finalidad de la producción textil era la comercialización, el trabajo del tejido era intensificado y los beneficios iban en provecho de los españoles; en su sociedad, ya que el cacique deviene en uno de los instrumentos de este nuevo sistema, jugando un papel de intermediario, “*acosado por los españoles, es a costa de los indios que él tendrá que establecer su poder, usando contra ellos los mismos abusos de los que es víctima por parte de los españoles*” (Caillavet. 1883: 199-201).

Uno de los principales medios de dominación que los españoles aplicaron sobre las poblaciones indígenas que tenían sus asentamientos en extensas zonas rurales fueron las encomiendas. Por medio de la encomienda la Corona entregaba a una persona natural o jurídica un territorio determinado, concediéndole el privilegio de percibir para sí los tributos de los indios que allí vivían, debiendo, a cambio, preocuparse por proteger y educar en la fe cristiana a los indígenas a él encomendados. “*En principio no confería propiedad sobre la tierra ni derecho alguno sobre la mano de obra indígena pero en los hechos se actuó de un modo distinto al dispuesto por la Corona*”. (Deler, 1983: 83)

El primer doctrinero de Otavalo y Caranqui es nombrado en el año 1547, lo que revela que esta zona tenía un núcleo

poblacional muy importante. Posteriormente, en 1563 se erige el Corregimiento de Otavalo, que comprendía todos los pueblos de indios situados entre el río Guayllabamba por el sur y el río Guátara por el norte (Salomon. 1981: 32).

*“El factor demográfico, seguramente, influyó en el desarrollo posterior de las dos regiones, cuando Otavalo se convirtió en la encomienda más importante y económicamente más rentable de la Audiencia de Quito”* (Hampe, 1979: 107), mientras que en Cayambe se observa una rápida extensión de la propiedad rural española. *“Todavía a finales del siglo XVIII las diferencias son muy marcadas: las propiedades rurales en Otavalo son de pequeña o, a lo más, mediana extensión y no existe ninguna hacienda grande, mientras que en Cayambe se encuentran grandes latifundios, casi todos ellos en manos de las órdenes religiosas (Visita de Ron)”* (Borchart. 1998: 51).

Las comunidades, ante el asedio encomendial, se refugian en zonas más lejanas, menos fértiles y más reducidas que cultivan con sus prácticas tradicionales, las que antes habían sido sustituidas por las prácticas coloniales; en el mismo orden van cambiando la alimentación, el vestido, el lenguaje, la misma cultura; los intercambios prehispánicos se van eliminando, se extienden los mercados, el indígena de algún modo se integra pero de una forma totalmente desventajosa.

La hacienda se desarrolla a partir de la expropiación de tierras indígenas por medios legales e ilegales; la necesidad de mano de obra en las haciendas provocó un gran movimiento hacia éstas desde las comunidades, por medio de las encomiendas y de las reducciones, a fines del siglo XVIII más de la mitad de la población indígena se encontraba en las haciendas (Gómez, en Deler, 1983: 144-145), son estos los indios conciertos que luego devendrían en huasipungueños (Naranjo. 1988: 35).

Los conciertos no solamente debían trabajar en los campos de cultivo de la hacienda, también tenían que servir como huasicamas –trabajos domésticos-, chagracamas –cuidado de cultivos- o cuentayos –cuidado del ganado en los páramos- (Oberem. 1981: 318); además, no era el concierto el único que servía sino que tenía que apoyarlo toda su familia, por lo que el trabajo en la parcela era una terrible sobrecarga que sólo podía enfrentar con la ayuda de los “allegados” o apegados, conformándose así la familia “huasipungo ampliada” (Naranjo. 1988: 38).

### II.3.- La economía en la república.-

Una vez que las ex colonias lograron su emancipación respecto de la metrópoli, esto no significó ningún adelanto respecto de las condiciones de explotación en que se encontraban los indígenas, puesto que la propiedad de la tierra

dividida en grandes latifundios en manos de los terratenientes permaneció en su mismo poder y con la salida de los españoles fueron los dueños de tierras los que pasaron a tener un significativo control sobre el aparato burocrático estatal que funcionaba de acuerdo a sus intereses.

En efecto, la apertura de un mercado de tierra significó la conformación de grandes unidades territoriales de carácter privado, las haciendas, donde se concentró posteriormente el control de los recursos naturales, como tierras, pastos, bosques y agua; reduciendo así hasta casi hacer desaparecer las posibilidades de producción autónoma de las comunidades indígenas (Mora y Rivera. 1984: 100)

Hasta mediados del siglo XX, la actividad económica se desarrolló básica y principalmente en el campo. Con excepción de las prácticas comerciales, que por su misma naturaleza tienden a vincular al espacio rural con los núcleos urbanos y a concentrarse en éstos, los rubros propiamente productivos se localizaron fundamentalmente en el campo –concretamente en las haciendas, en las comunidades y en los poblados pequeños-, de manera que la dinámica social, aún la que se gestó en torno a la actividad manufacturera, presentó contenidos propios del entorno particular en el que se desarrolló, el ámbito rural (Naranjo. 1988: 42).

Al comenzar el siglo pasado la estructura agraria heredada de la etapa

anterior mostraba la presencia de dos entidades fundamentales: las haciendas y las comunidades (Naranjo. 1988: 44), constituyendo el sistema hacendario tradicional el eje principal en torno al cual las comunidades de campesinos ejercían las funciones de producción y reproducción de la sociedad agraria (Almeida, 1981: 157).

Debido a la situación deficitaria de las comunidades indígenas los comuneros pertenecientes a las mismas tuvieron que vincularse a la gestión hacendaria de diversas maneras, siendo posible distinguir entre economías campesinas organizadas al interior de las haciendas (huasipungos), campesinos en situación de complementariedad respecto a las mismas (yanaperos) y finalmente, campesinos en condiciones de relativa autonomía (Almeida. 1981: 205-206).

Por otro lado, es necesario destacar que al interior de las economías campesinas se presentan relaciones de producción étnicamente diferenciadas. En el caso del grupo indígena, la economía parcelaria aún muestra un importante componente comunitario, pese a que en las épocas normales del ciclo agrícola la fuerza de trabajo aplicada a la parcela es netamente familiar, en épocas de siembra y cosecha se recurre a formas de colaboración recíprocas, que tienen su fundamento en las tradicionales relaciones de producción de la comunidad indígena y en los mecanismos del parentesco (Naranjo. 1988: 50).

En ese sentido, y como parte de los sistemas de reciprocidad y mutualismo existentes en el seno de la comunidad, todas aquellas personas que, ya sea por lazos de parentesco o por amistad, formaban parte de la “familia ampliada” de los huasipungueros, también contribuían con su trabajo en las labores de la parcela.

Cabe señalar también que junto a la propiedad privada minifundista, existen formas asociativas de acceso a los recursos, entre las que destacan un número indeterminado de comunidades indígenas que además de su conformación parcelaria aprovechan comunalmente zonas de páramo, además de las cooperativas agropecuarias que surgen del proceso de Reforma Agraria.

En los últimos años el turismo se ha convertido en uno de los rubros económicos importantes de la provincia, generado por la riqueza natural que la zona posee. El impacto de este rubro, no obstante, afecta diferencialmente a las diversas zonas y localidades de la provincia, sin embargo es indiscutible que opera de hecho como un dinamizador de la economía regional en su conjunto, tanto a nivel de la producción artesanal como del comercio y los servicios (Naranjo. 1988: 43). Esta relativamente reciente línea de actividades productivas está siendo aprovechada por algunas comunidades indígenas que antes se dedicaban exclusivamente a la agricultura

y a la elaboración de artesanías, a través de la oferta de experiencias de turismo rural y comunitario.

### III.- El trueque en Pimampiro.-

Respecto del trueque en lo que hoy es la provincia de Imbabura, llama especialmente la atención el intercambio de productos que hasta la actualidad se produce en el cantón Pimampiro.

Tradicionalmente la feria de Otavalo ha polarizado la producción excedentaria de las comunidades indígenas que rodean a la ciudad, a la vez que ha congregado la oferta de diversos artículos requeridos por los pobladores de las mismas. Hasta mediados del presente siglo la comercialización (y/o trueque) de productos agropecuarios constituyó su característica dominante, aunque también se concentraba en ella la producción manufacturera de los artesanos locales (tejidos, esteras, alfarería). Desde entonces hasta la actualidad el comercio de artesanías es creciente y ha llegado a representar el eje dinamizador de la actividad ferial.

No obstante, es importante tener presente que hasta la actualidad la producción que confluye en la feria de Pimampiro, que consiste fundamentalmente en bienes de subsistencia, es intercambiada mediante trueque. *“En general, la producción zonal de carácter más comercial como los tomates del sector del*



*Carpuela (valle del Chota) y del área aledaña a Pimampiro y otras hortalizas, el anís y las fresas de esta última, utilizan otros canales de circulación. Quizás en ello se funda la persistencia del trueque como modalidad bastante generalizada de intercambio, particularidad que destaca a la feria de Pimampiro". (Naranjo. 1988: 64).*

El cantón Pimampiro, uno de los seis que forman la provincia de Imbabura, se extiende entre una altura de 2080 m. hasta los 3960 m, lo que brinda la posibilidad de acceder a una variedad de productos de distintos pisos climáticos en relativamente corto tiempo, a lo que hay que agregar que colinda con el valle del Chota que tiene una altitud de 1560 m. y una temperatura promedio de 24° C. Estas características consolidaron a Pimampiro, la cabecera cantonal, como un espacio donde se ha intercambiado por mucho tiempo bienes de las zonas frías por aquellos de las zonas cálidas.

En la actualidad, como parte de los preparativos de la Semana Mayor, y a la vista del vínculo que existe entre lo religioso – ritual y los alimentos para la población andina, destaca la existencia de “una jornada de los cambios”, en esa fecha la concurrencia a la feria es masiva y el trueque de productos adquiere un carácter festivo lo que en alguna medida refuerza y mantiene su vigencia.

Este trueque ocurre entre la tarde del viernes anterior a la Semana Santa y el

“Domingo de Ramos”, no obstante que hasta hace un par de años, esta práctica se concretaba a la mañana de ese viernes. Este intercambio de productos alimenticios recibe el nombre coloquial de “cambeo”, quizá en atención a la forma de pronunciar la palabra “cambio” por los habitantes de las zonas altas, de origen sobre todo indígena

El “cambeo” se da “cara a cara”, pues es fundamental para la gente conocerse y reconocerse entre sí, así como identificar los cursos de la mercancía que se intercambia. Se utiliza para este fin el espacio que circunda el mercado de la cabecera cantonal, pues así se cumple con otro elemento ritual que es el de la práctica en el lugar adecuado.

Los productos que se intercambian, por el lado de las zonas intermedias y altas del cantón, son granos y tubérculos que se utilizarán para elaborar la fanesca, entre ellos, fréjol, alverja, habas, choclo, chocho, mellocos y papas; por otro lado, los productos de las zonas bajas que se intercambian son :tomate, aguacate, yuca y frutas como hobos, plátanos, granadillas y papayas.

El trueque es una experiencia familiar que precediendo a la preparación de la fanesca en Semana Santa, congrega a todos los miembros de la familia ampliada en los preparativos y acopio de productos agrícolas para llevarlos a intercambiar por otros, ya sea desde el viernes por la

tarde o más adelante según la disponibilidad de tiempo de los participantes.

Esencialmente, este intercambio está determinado por dos elementos: por un lado el interés que cada individuo o familia tiene en el producto del otro, un interés que se satisface a través del trueque, y por otro el deseo de salir de productos excedentarios que en ocasiones encuentran dificultad de ser vendidos en el mercado, ya sea porque existe gran producción en la zona o porque su valor comercial es muy reducido.

En el trueque algún tipo de regateo tiene lugar, pero al final impera el interés por el intercambio al que se suma el carácter ritual – religioso que esta práctica tiene para los participantes en esos días. Este carácter ritual – religioso es la manifestación del sincretismo entre las prácticas ceremoniales prehispánicas que parecen tener alguna presencia en la actualidad, y el aporte que ha hecho la Iglesia Católica en la valoración de ciertos actos, sobre todo en determinadas fechas del calendario cristiano.

## BIBLIOGRAFÍA

ANDERLINI Luca y SABOURIAN Hamid. “Algunas notas sobre la economía del trueque, dinero y crédito”, en Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas. Biblioteca Abya-Yala No 38. Quito. 1996

ALBERTI y MAYER (compiladores), Reciprocidad e intercambio de los Andes peruanos. Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

ALMEIDA, V.José, “Cooperativas y comunidades ¿integración u oposición de dos formas de organización campesina? Reflexión en torno a un caso”, en Campesinos y haciendas en la sierra norte, Otavalo, IOA, Pendoneros No. 30. 1981.

APPADURAI, Arjun. Commodities in Cultural Perspective. Edited by Arjun Appadurai; University of Pennsylvania, Cambridge University Press, Cambridge, New York. 1988.

BORCHART DE MORENO, Cristiana, La Audiencia de Quito. Aspectos Económicos y Sociales (Siglos XVI –XVIII), Colección Pendoneros, Banco Central del Ecuador, Quito, 1998.

BORJA, Antonio y ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, Pedro. Documentos para la historia de Pimampiro. Colección “Tahuando” No. 30. Casa de la Cultura Ecuatoriana “núcleo Imbabura”. 2003.

CAILLAVET, Chantal. "Toponimia histórica, arqueología y formas prehispánicas de agricultura en la región de Otavalo - Ecuador", Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos, Tomo XII, No. 3-4. 1983

DELER, Jean Paul, El manejo del espacio en el Ecuador. Etapas Claves, Quito, CEDIG. 1983.

ECHEVERRÍA, José, Las sociedades prehispánicas de la sierra norte del Ecuador. Una aproximación arqueológica y antropológica. Serie I. Perspectiva Histórica, Volumen 1. Colección Otavalo en la Historia. Universidad de Otavalo e Instituto Otavaleño de Antropología Editores. 2004.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar. Los Incas, economía sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyo. Amaru Editores. Lima. 1997.

FARGA, María Cristina. "Semiproletarización y estrategias de reproducción campesina: el caso de una comunidad de ex-huasipungueros de la provincia de Imbabura", en Campesinos y Haciendas de la Sierra Norte, Otavalo, IOA, Pendoneros No. 30. 1981.

GODELIER, Maurice. Racionalidad e irracionalidad en economía. Siglo XXI Editores S.A., México. 1976.

GUERRERO, Andrés. Haciendas, capital y lucha de clases andina. El Conejo, Quito. 1983.

GUEVARA, Darío, Las Mingas en el Ecuador. Origen, tránsito, supervivencia. Quito: Ed. Universitaria. 1975.

HUMPHREY Caroline y HUGH-JONES Stephen. "Introducción: Trueque, intercambio y valor", en Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas. Biblioteca Abya-Yala No 38. Quito. 1996.

HUGH-JONES Stephen. "Los lujos de ayer, las necesidades del mañana: el negocio y el trueque en el Noroeste de la Amazonía", en Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas. Biblioteca Abya-Yala No 38. Quito. 1996.

IEAG (Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía), Pusir, Una comunidad de cultura negra en el cañon de El Chota, Informe No. 2, Quito, Instituto Nacional de Previsión. 1953.

MORA, José y RIVERA, Freddy, "Las comunidades indígenas de Otavalo: la problemática de su situación", en *Etnia en el Ecuador: situaciones y análisis*, CAAP, Quito, 1984.

NARANJO, Marcelo. *La Cultura Popular en el Ecuador. Tomo V Imbabura*. CIDAP. 1988.

OBEREM, Udo, "EL acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI)", en *Contribución a la Etnohistoria Ecuatoriana*, Otavalo, OIA, Pendoneros No. 20. 1981.

PONCE DE LEÓN, Sancho de Paz. *Relación y Descripción de los Pueblos del Partido de Otavalo-1582*. Colección "Tahuando" No. 34. Casa de la Cultura Ecuatoriana "núcleo Imbabura". 2003.

RIVAL, Laura. "Locating Power in the Market: Anthropological Contributions to the Study of Food Trading". Forthcoming (eds) H. Bernstein & Mac. Conitos. 1994.

SALOMON, Frank. *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas*, Otavalo, IOA, Pendoneros No. 10. 1980.

SAHLINS, Marchall. *Economía de la Edad de la piedra*. Colección Manifiesto, Serie Antropología, Akal Editor, Madrid. 1977.

THOMAS Nicholas. "La dinámica cultural del intercambio periférico", en *Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas*. Biblioteca Abya-Yala No 38. Quito. 1996.